

*La transmisión del elemento
popular desde el Romanticismo
alemán al Romanticismo español a
través de la figura de Fernán
Caballero.*

Realizado por:

Ángeles Romero Ruiz

Universidad de Sevilla

Introducción

El siglo XIX supuso en el ámbito de las bellas letras una fuente tanto o más rica que el resto de esferas de desarrollo y expresión humanas que tuvieron lugar en la época. Dos siglos después, y sin siquiera haber logrado poder ser definido con claridad, sigue estando presente hasta el punto de que muchos afirman que seguimos siendo románticos. Pero, ¿qué tiene el Romanticismo que tanto nos fascina? Nacido en el seno de una mentalidad distinta que empezaba a despuntar en el horizonte, una mentalidad más sentida, revolucionaria (aunque interior), que buscaba completarse a sí misma a través de la contemplación ajena, prendió una llama con la que pretendió proyectar y mostrarnos el lado sombrío y la cara oculta del hombre. Quizá porque el Romanticismo ahondó en las pasiones e inquietudes humanas de una forma nunca antes lograda, y quizá porque son las mismas que nos acompañaron, nos acompañan y nos acompañarán, quizá por ello no sea tan descabellado el decir que seguimos siendo románticos.

No quiere esto decir que el Romanticismo supere en calidad o poeticidad el resto de literaturas precedentes ni posteriores, y sería un error pensarlo. Lo que sí es cierto es que las nuevas corrientes de pensamiento se plasmaron (literaria y cronológicamente) de manera muy diferente según los países. Los alemanes (Kant, Freud, Goethe, Schiller, Heine, Herder, Höffman, los hermanos Schlegel, los hermanos Grimm...) fueron quizá los primeros en empezar a “teorizar” sobre el Romanticismo, trasladando sus ideas a la filosofía y a la Poesía. El Romanticismo fue la crisis de la razón. Y de tal manera, comenzó a escribirse una literatura nueva, o quizá sea mejor decir una literatura que reformuló las formas (valga la redundancia) de hablar de ciertos aspectos humanos.

Bien es sabido que desde finales del siglo XVIII y principios del XIX la cultura (neoclásica) es predominantemente francesa, pese a la importancia que empezaban a adquirir los nacionalismos en los distintos países. La cultura ilustrada, totalmente elitista, tenía la voluntad de marcar unas líneas de comportamiento, siempre desde ese elitismo que marcó una férrea línea entre burocracia y pueblo. De modo que la fuerte dependencia con respecto a Francia supuso tal presión que provocó que los alemanes buscasen su propia independencia, desarrollando formas de expresión que marcaran su identidad como nación particular. Y es justamente en esta empresa donde el elemento popular cobra una vital importancia. La idea que se desarrolla a partir de ahora es que el arte debe corresponder a su tiempo, pero también a su nación, de modo que pierde su condición de absoluto y adquiere conciencia de temporalidad. El objetivo, ahora, es construir una identidad nueva para el concepto de nación, para que el pueblo pueda definirse a sí mismo a través de la cultura, con la literatura y el cine a la cabeza. El arte folclórico y la tradición popular adquieren un papel protagonista. Es en los cuentos populares, en las leyendas (es decir, en las creaciones espontáneas del pueblo), donde se encontraba la verdadera identidad del hombre, lo cual llevó a un gusto medievalista que desembocó en la novela gótica. En el caso de España, por ejemplo, se reavivó el interés por el cancionero, e incluso por las jarchas.

En lo que respecta a Alemania en el panorama de ese rescate de la tradición popular destacan, por ejemplo, la corriente de cuentos fantásticos de Höffmann, el folclorismo de los hermanos Grimm, o los planteamientos de los hermanos Schlegel, que inician el círculo de Jena.

Mi objetivo en este ensayo va a ser tratar de construir un puente que enlace esa recuperación de la tradición popular desde el Romanticismo alemán hasta el Romanticismo español, a través de la figura y la labor de Cecilia Böhl von Faber, más conocida bajo el pseudónimo de Fernán Caballero. Su padre, un famoso erudito alemán, es considerado el primer estudioso extranjero interesado en la literatura española, hasta el punto de que reeditó por primera vez en tiempos “modernos” las poesías de nuestros clásicos. Defendió frente a los españoles a los autores del Siglo de Oro y fue un entusiasta del Romancero. Sus estudios sobre los autores españoles renovaron por completo la valoración de nuestra literatura clásica. Cecilia, que había aprendido en Alemania la importancia de la literatura folclórica para la nueva edad romántica, fue la primera que en España se propuso recopilar los cuentos de tradición oral. Fue por ello muy ridiculizada en los salones sociales, según ella misma se queja muchas veces. Usó de ese material folclórico para la nueva novela con que inició el realismo en España. No se la puede considerar una autora realista en sí misma, pero sí que inicia las técnicas del realismo.

Vida y trayectoria de Fernán Caballero

Cecilia Böhl von Faber nació en un pueblecito de Suiza llamado Morges, el 24 de diciembre de 1796, y murió en Sevilla a la longeva edad de 80 años. Su larga vida (1796-1877) recorre los principales episodios históricos del siglo XIX: desde la Guerra de Independencia hasta la revolución del 68.¹ Fue hija de Johann Nikolaus Böhl von Faber, el cónsul de Federico Guillermo III de Prusia en Cádiz, y de Francisca Larrea, famosa escritora gaditana, de quienes heredó sus talentos y aplicación literarios. Durante sus primeros años vivió en Alemania, pero se trasladó a Cádiz con toda su familia a la edad de diecisiete años. Poco tiempo después (en concreto el 30 de marzo de 1816) Cecilia se casó con su primer marido: Antonio Planells y Bardají, capitán de un regimiento en Granada, con el que marchó a Puerto Rico hasta la muerte del mismo al año siguiente. En su novela *Clemencia*, en la que introduce elementos autobiográficos, su marido recibe el nombre de Fernando Ladrón, y testimonia la autora (en la novela, y a uno de sus biógrafos y amigo Antoine de Latour) “que se casó a los dieciséis años, aunque lo cierto es que tenía cuatro más, pero es que la temprana edad añade un indudable patetismo a la situación”.²

1 M. Comellas, *Fernán Caballero. Obras escogidas*. 2010, pág. 5

2 Domingo Ynduráin, *Fernán Caballero. Pedro Antonio de Alarcón*. Alicante: Biblioteca Virtual Cervantes, 2012

Entonces se trasladó al norte de Alemania con su abuela, hasta que, algunos años más tarde, volvió al Puerto de Santa María (Cádiz), donde conoció al marqués de Arco Hermoso, con el que se casó en Sevilla el 26 de marzo de 1822. Pero el 17 de marzo de 1835 enviudó nuevamente. Dos años después, en 1837, pese a ser consciente de su relevancia social como viuda de Arco Hermoso, conoció a Antonio Arrom de Ayala, que tenía unos veinte años más que ella, y se casó con él. Hay que añadir aquí como curiosidad que la madre de Böhl, también llamada Cecilia Böhl, tras la muerte de su marido y padre del literato, se casó con un hombre mucho más joven que ella; pareciendo así que nuestra autora hubiese seguido los pasos de su abuela. Convivieron un tiempo en Andalucía y después Ayala marchó como cónsul a Sidney. Pero la quiebra de su negocio, unido a la tuberculosis que padecía, le llevaron a suicidarse en 1863, dejando a Cecilia viuda por tercera vez y con más de sesenta años. Es a partir de esta fecha cuando comienza a publicar. Mercedes Comellas afirma que “El fatalismo romántico que ella había intentado combatir con encono en sus obras encontró presa en su tercer marido, que confiesa en la carta que escribe a Cecilia poco antes de su suicidio la «atracción del abismo» que le domina, mientras solicita que lo entierren en el parque que ha elegido para quitarse la vida”. Tras todo esto, nuestra escritora se traslada al Alcázar de Sevilla, donde vivió hasta que la revolución del 68 la obligó a abandonar las dependencias que le había concedido la reina Isabel II. Muere a los 81 años el 7 de abril de 1877.

Durante este tiempo su vida transcurrió entre muy distintos países, pero sobre todo entre Alemania y España. Y a lo largo de los sucesivos acontecimientos que la fueron definiendo como personalidad literaria, vemos que se va fraguando una figura que aún en sí misma una serie de características que la hacen destacar irremediabilmente en el marco de su tiempo. Dice Comellas: “Fernán Caballero, sin nacionalidad definida y en situación poco ortodoxa socialmente, emparentada con la aristocracia y la alta burguesía de negocios, pero en muy precaria situación económica durante sus años de éxito literario, de sexo femenino pero identidad literaria masculina, de formación romántica y asociada a los prolegómenos del realismo, vivió atravesando fronteras y sin encontrar acomodo en ningún sitio. Si algo la define es la contradicción, manifiesta en todos los aspectos de su condición y de su obra: dijo situarse al margen de la política pero escribió las primeras novelas con fuerte presencia de temática política; afirmó que las mujeres debían mantenerse ajenas al ejercicio intelectual, pero se entregó con ambición a la vida literaria; se definió romántica y abominó del Romanticismo; escribió gran parte de su obra en francés pero pretendía crear la nueva novela española y enseñar a Europa la verdad íntima de España; fue de un severo puritanismo pero convirtió el adulterio en tema obsesivo de su narrativa, además de que su vida amorosa no fue precisamente la de una beata: cuando empezó a publicar estaba casada con su tercer marido, Antonio Arrom, veinte años más joven que ella, haciendo con eso honor al nombre heredado de su abuela paterna.”³

3. M. Comellas, *Fernán Caballero. Obras escogidas*. 2010, pág. 8

Y, con todo ello dentro de sí, Cecilia (o más bien Fernán) se propuso renovar el género novelesco español en un ambiente que era, como se ha dicho, predominantemente francés. Trató de reflejar las costumbres y la vida españolas desde un punto de vista social, real y al mismo tiempo moral y religioso, tratando consolidar una novela española que mostrara el verdadero carácter nacional, y servir a la nueva sociedad como fórmula de análisis y modelo moral. Algunas de sus novelas son verdaderos cuadros costumbristas en los que uno puede sumergirse de lleno en el *Volksgeist* del pueblo español, y sobre todo del andaluz. Incorpora algunos elementos particulares como el evitar el final feliz o la insistencia en hacer comprender al lector que la vida no es como se desarrolla en las novelas que se estaban escribiendo por entonces, ya que confundir la vida con la literatura era un vicio que las novelas amorosas habían inculcado en los lectores (y sobre todo lectoras). Así, nuestra autora se propone combatir esto ofreciendo una alternativa con una literatura *de verdad*, con un carácter moral y no libresco, planteando un conflicto entre la espiritualidad tradicional y el materialismo contemporáneo heredado del Siglo de las Luces.

Es por esto que la forma novelesca que más peso tiene en la narrativa de Fernán Caballero fue la de la novela de costumbres, subtítulo que colocó a algunas de sus novelas como *La Gaviota*, *La familia Alvareda*, *Una en otra*, *Clemencia*, *Lágrimas y Un verano en Bornos*. En estas novelas Fernán fue consolidando un modelo de novela que aún no estaba esbozado ni admitido en el panorama literario en el cual ella se introdujo, pero que, sin embargo, ejercía, según sus defensores, una influencia más directa sobre los hábitos sociales.

La novela de costumbres nació de la evolución de la novela histórica, cada vez más interesada en la problemática actual, tanto social como política. Fernán Caballero se aprovechará de esto para realizar un duro y profundo examen social en sus obras, propio del realismo decimonónico. Creyó encontrar en las leyendas y los cuentos enseñanzas con las que combatir los vicios de la cultura capitalista, intentando trasladar la habilidad didáctica y pedagógica del folclore a la nueva novela, la cual estaba asumiendo en su tiempo la misión de enseñar a la comunidad nuevas reglas para una nueva edad.

Su interés por el folclore lo recibió directamente, por un lado, de sus vínculos alemanes, los cuales siempre fueron un punto clave en su formación literaria, en la que tienen una importancia fundamental los escritores franceses y alemanes, pero ninguna, sin embargo, la literatura inglesa que Cecilia no apreciaba lo más mínimo; y, por otro lado, de la figura de su madre de la que, piensa Javier Herrero, debió de recibir de su especialmente el gusto por la tradición y los motivos populares.

Se impregnó además de todas las ideas que planteaba la nueva mitología romántica y los defensores de la misma, entre los que estaban los integrantes del círculo de Jena, los hermanos Schlegel y los hermanos Grimm. La meta era la misma: buscar una fórmula narrativa que diera a las producciones del *Volk* un espacio mayor que el que le había asignado la tradición anterior. Así, Cecilia construye toda su obra sobre los materiales básicos de la recolección folclórica: cantares, paremias, anécdotas, cuentos, adivinanzas... La intención de «pintar la vida íntima del pueblo español» que guiaba a Cecilia en sus primeras tentativas literarias, como cuenta Böhl en carta de septiembre de 1833 a su amigo Julius Henry Nicholas al enviarle el relato *Sola*, es la misma tarea que se había propuesto Larrea según su propia confesión en los *Extractos de mi viaje a Arcos de la Frontera*, pero no se había atrevido a realizar por no considerarse suficientemente dotada como escritora⁴.

Por otro lado, también tomó de Herder la idea de que el origen de la poesía toda se hallaba en la poesía popular. Ella misma lo explica en su obra *Cosa cumplida solo en la otra vida: diálogos entre la juventud y la edad madura*: “Los indagadores estudian en estos cuentos y cantos el desarrollo, las primeras elaboraciones del pensamiento en su libre albedrío, la expresión innata de los sentimientos del corazón, la agudeza espontánea del entendimiento, como los botánicos estudian las plantas que crían, en su germen, y las plantas silvestres en sus hojas y flores.”⁵

En el prefacio de autor de *Cuentos y poesías populares andaluzas*, publicado en 1859, Caballero declaraba que los cantos populares “han servido no sólo para mantener noble y patriótico el espíritu nacional, sino para esclarecer sucesos históricos y dar a conocer en todos los tiempos el espíritu y sentimiento general de aquel en que se compusieron”⁶. E, inmediatamente a continuación, cita unas palabras de su ya mencionado amigo Antoine de Latour, a quien califica como erudito literato francés; las palabras dicen así: “No me canso de repetirlo, porque nada hay más cierto: el romancero es la *Ilíada* de España, es un espejo inmenso y desigual en que se refleja su nacionalidad entera, con sus aspiraciones, sus instintos, sus pasiones y sus creencias en todas las épocas”. Por otro lado, en su novela *La Gaviota*, en la discusión literaria de la tertulia de la marquesa de Algar, la novela de costumbres se considera contribuyente no insignificante al “estudio de la humanidad, de la historia”.

Vemos cómo el interés por lo popular y lo folclórico traspasó todas las capas tanto de su vida como Cecilia, como de su vida como Fernán.

4. M. Comellas, *Fernán Caballero. Obras escogidas*. 2010, pág.17

5. Fernán Caballero, *Cosa cumplida*.

6. Fernán Caballero, *Cuentos y poesías populares andaluzas*

Su madre fue Francisca Larrea (conocida también como Paquita o Frasquita Larrea), una gaditana de ascendencia irlandesa con una fuerte personalidad (parece ser que muy vehemente y dominante), y que fue conocida por sus diversos escritos y actividad literaria (tradujo a Byron y a Mary Wollstonecraft; fue lectora de Schiller, al cual escribió una carta titulada *Carte à un ami sur la critique de Mr. Schlegel*; publicó algunos textos muy provocativos contra los franceses; y creó una famosa tertulia romántica en el Cádiz de las Cortes). Tuvo un papel fundamental en la trayectoria literaria de su hija, aunque la relación entre ambas fue tensa y complicada. En las cartas a su amante Cuthbert, un caballero inglés, Cecilia declara de su madre: “que nunca me ha querido, ha pretendido siempre humillarme, y sobre todo al punto de mi reputación una de las ventajas en que hubiese querido rebajarme, buscando toda su vida un pretexto, sin encontrarlo”.⁷ Vivieron separadas mucho tiempo, un tiempo que Cecilia empleó en establecer una muy profunda complicidad paterna. Pero, sea como sea, la figura materna en la familia representó una educación inglesa y francesa, ya que Paquita se había criado entre Inglaterra y Francia. Para cuando se casó con Johann Nikolaus Böhl von Faber, en 1796, ya tenía como modelo intelectual a Madame de Staël. Tanto es así, que al ser ésta expulsada de París por Napoleón, escribió algunos ensayos en su homenaje bajo el pseudónimo de *Corina*, la novela más famosa de Staël.⁸

Pero lo que sí es cierto es que fue la primera traductora y correctora de su hija, además de su compañera en la tarea de recopilar materiales folclóricos. Cecilia nunca dominó la lengua española con demasiado éxito, sino que siempre escribió sus obras en francés o alemán, lenguas que dominaba mucho mejor (como corresponde a su educación recibida). Por tanto, ninguno de sus originales está escrito en español, sino que fue su madre quien se encargó de la labor traductora, así como otras manos ajenas. Queda así demostrado un aprendizaje de estilo por parte de su hija que, si bien no podemos deducir hasta dónde llegó, sí que podemos palparlo en las evidencias.

Francisca Larrea fue, además, una mujer mucho más instruida que la mayoría de las de su época, careciendo, sin embargo, de las virtudes principales de una mujer en la época: humildad, docilidad, obediencia, afán complaciente... Su marido, sin embargo, fue absolutamente contrario al desarrollo intelectual de las mujeres. Por ello, en abril de 1806, cuando Cecilia aún no ha cumplido los diez años, Francisca regresa a España dejando a Cecilia con su padre en Alemania y rompiendo su matrimonio durante seis largos años en los que su hija se vio privada de la influencia del carácter de su madre a favor de los derechos de la mujer.⁹

7. *Cartas inéditas de Fernán Caballero*, ed., prólogo y notas de Santiago Montoto, Madrid, S. Aguirre Torre, 1961, 382-398

8. M.Comellas *Fernán Caballero. Obras escogidas*. 2010, pág.17

9. *Doña Cecilia o el arte de disimular*, Marina Mayoral, Alicante, Biblioteca Virtual Cervantes, 2008.

A ello hay que añadir otro núcleo fundamental en toda la producción literaria de Fernán Caballero: la religión, considerada por la autora el centro el espíritu nacional. Para Fernán Caballero, la religión es una herencia en la cual, citando palabras de la misma autora en su obra *Una y otra*, “reside toda la poesía de la antigua España, de las crónicas y de los poetas”. Con una base educativa fundamentada en el catolicismo, que su padre le inculcó desde pequeña, no es de extrañar que una personalidad tan profunda como lo era Cecilia, desarrollase esta visión del mundo tan schegeliana. Vivió con él casi siete años fundamentales de su formación, de la cual Johann Nikolaus se encargó personalmente.

Los hermanos Böhl habían sido educados por un pedagogo rousseauiano llamado Campe, y Johann Nikolaus confió parte de la educación de su hija al que había sido su mentor. Pero durante estos años en los que se estableció tanta complicidad entre padre e hija cuando Böhl experimenta una profunda crisis personal, filosófica, religiosa y estética que le llevó a romper con su educación ilustrada para sumarse a la revolución romántica que capitaneaban por entonces los Schlegel. De modo que aquella confianza en las luces en la que se había educado no pudo sostenerse y las dudas en el campo de la razón le condujeron al irracionalismo romántico que defenderá en lo sucesivo.

Así, la ansiosa búsqueda de una nueva mitología popular con base cristiana que hacía posible religar la discordante realidad fue la que llevó a Johann Nikolaus a convertirse al catolicismo y a dejar como herencia a su hija la pasión por aunar folclore y religión en la persecución de un espacio de valores inmutables. Son los elementos más importantes que Böhl le transmitió a su hija. Es probable que una vez instalada en España y madurado aquel aprendizaje en la propia experiencia vital, Cecilia comenzara a practicar las teorías en las que había sido educada y mientras escuchaba y mejoraba su español anotase las primeras frases, refranes, cuentos, que servían de cuerpo verbal a aquel territorio ideal. Continuando la trayectoria de su padre, amplió el descubrimiento que este hizo de la tradición literaria española como antídoto contra las convenciones del racionalismo francés y se convirtió primero en observadora y recolectora de materiales folclóricos.

En resumen, si Böhl representa la tradición germánica, su madre engendró en ella el gusto por lo galo. Tenemos, pues, como resultado, la confluencia de las distintas influencias de dos personalidades sumamente inteligentes y que supieron plasmar en sus escritos la importancia de la tradición popular de las naciones, así como adaptarse a la nueva sensibilidad que despuntaba en el horizonte del nuevo panorama literario.

Bibliografía

- *Cosa cumplida solo en la otra vida: diálogos entre la juventud y la edad madura*, Fernán Caballero.
- *La Gaviota*, Fernán caballero.
- *Una y otra*, Fernán Caballero.
- *Extractos de mi viaje a Arcos de la Frontera*, Fernán Caballero.
- *Diálogos entre la juventud y la edad madura*, Fernán Caballero.
- *Cuentos y poesías populares andaluzas*, Fernán Caballero
- *Obras de Fernán Caballero*, edición y estudio preliminar de José María Castro y Calvo, Biblioteca de Autores Españoles (Madrid: Rivadeneyra, 1961)
- *Fernán Caballero: un nuevo planteamiento* (Madrid: Gredos, 1963), Javier Herrero
- *Fernán Caballero, obras escogidas. Edición, introducción, y notas de Mercedes Comellas.*
- *Fernán Caballero. Pedro Antonio de Alarcón*, Domingo Ynduráin, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2012.
- *Los cuentos populares o la tentativa de un texto infinito*, Antonio Rodríguez Almodóvar, Murcia, 18989.
- *Doña Cecilia o El arte de disimular la superioridad*, Marina Mayoral, Alicante : Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2008
- *El viaje romántico de Fernán Caballero por Europa*, Enrique Miralles García, Alicante : Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2009.
- *Cartas inéditas de Fernán Caballero*, ed., prólogo y notas de Santiago Montoto, Madrid, S. Aguirre Torre, 1961, 382-398.